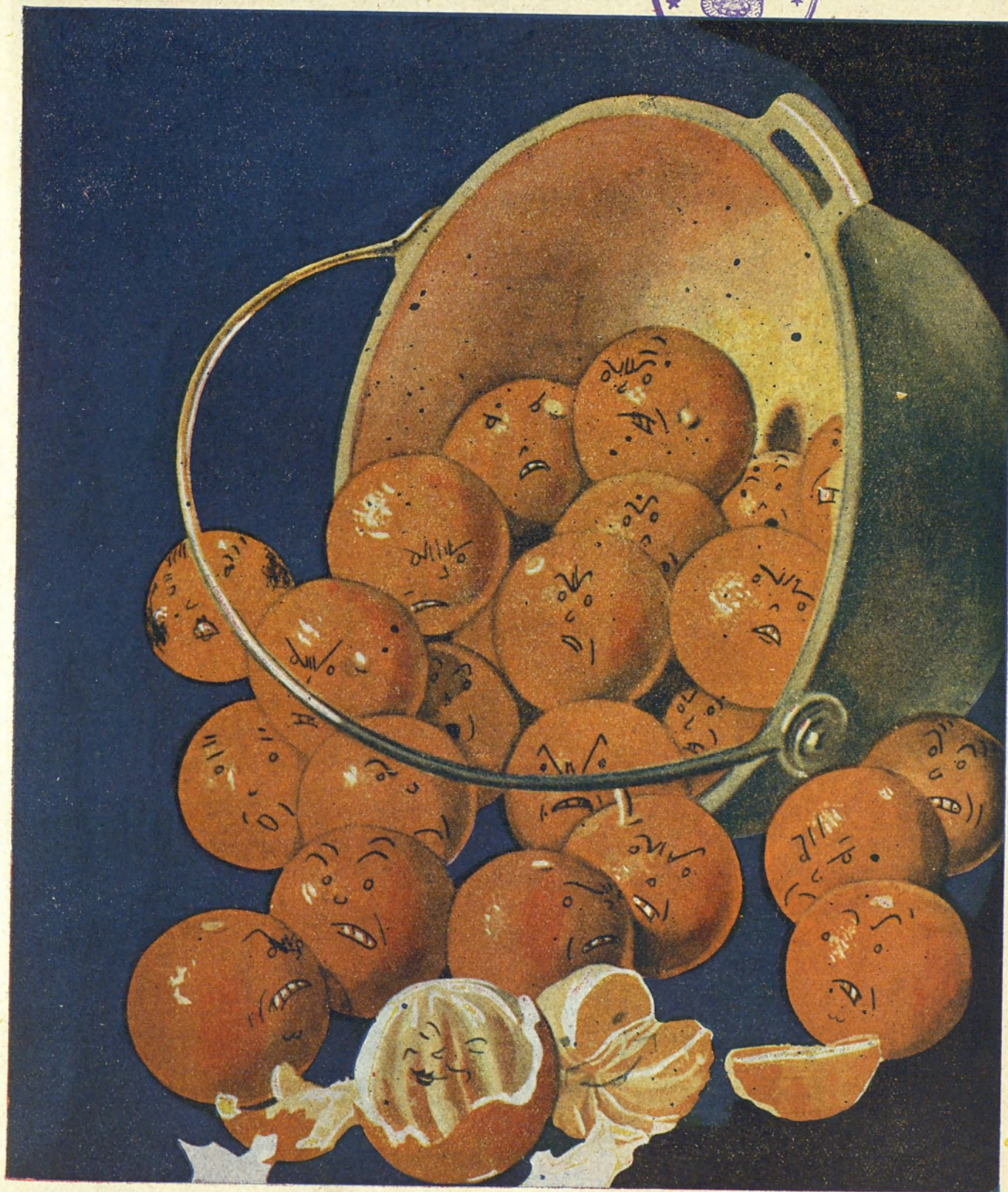


# BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



## PURITANISMO

—Pero ¡qué poca vergüenza tienen algunas! ¡Mira que desnudarse delante de todo el mundo!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA. Madrid.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — — ).....	10,40 —
Año (52 — — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — — ).....	12,40 —
Año (52 — — ).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

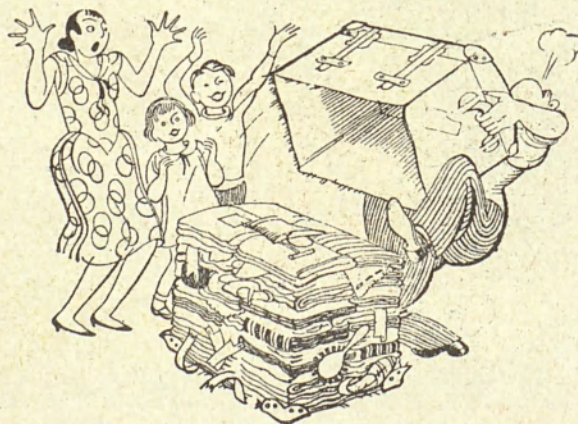
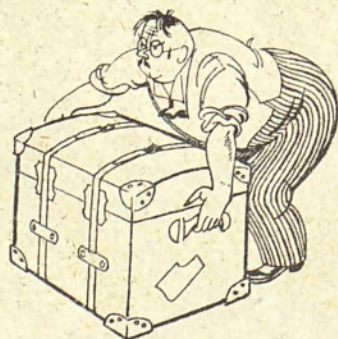
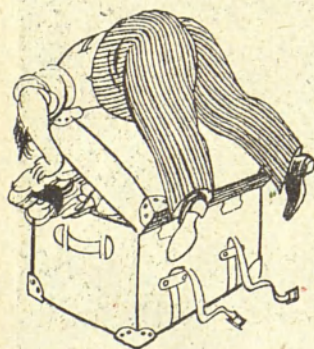
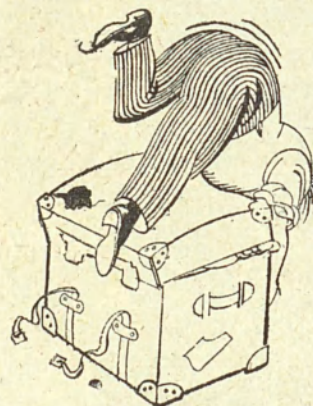
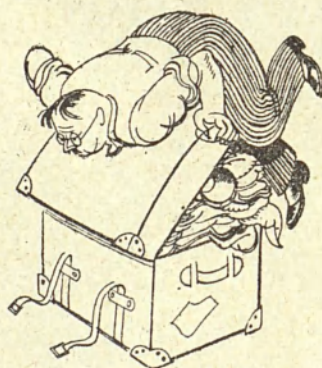
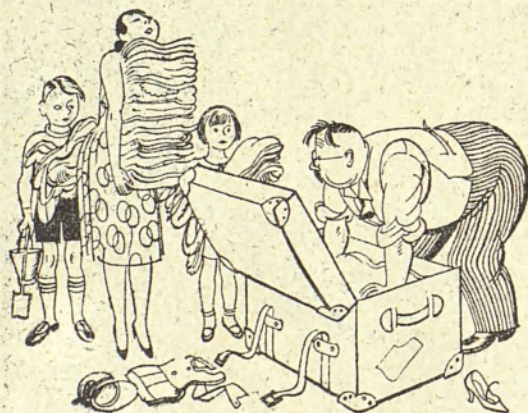
Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



HISTORIETA MUDA

(De Jude.)

Ayuntamiento de Madrid



# NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE OCTUBRE

PRIMERA LISTA DE SOLUCIONISTAS



Braribra, de Alar del Rey.  
 Trarimpa, de Alar del Rey.  
 Conchita Rico, de Gerona.  
 Manuel Díaz, de Madrid.  
 Jesús Delgado, de Ribadesella.  
 Rafael Merchán, de Madrid.  
 Alfonso Caraballo, de Sevilla.  
 María Pérez, de Madrid.  
 Francisco García del Cerro, de Madrid.  
 Alejandro Núñez, de Madrid.  
 Alejandro Guagnino, de Madrid.  
 León Zambrano, de Madrid, (dos soluciones).  
 Manuel D. Muño, de Santander.  
 Pepita Revuelta, de Madrid.  
 María Rodríguez, de Barcelona.  
 J. Muñoz Larrabide, de Madrid.  
 María del Carmen Caballero, de Vigo.  
 Leovigildo Pardo, de Valencia.  
 Carol Miller, de Barcelona.  
 Aurora Espantaleón, de Madrid.  
 Pilar S. Puig, de Figueras.  
 Rosario Sánchez, de Puigcerdá.  
 Abu-Djafar-el-Mansur, de Madrid.  
 Francisco P. Pascual, de Jerez.  
 Enriqueta Germán, de Vigo.  
 Hortensia Tejedor, de Valencia.



—¡Cómo! ¿Dice usted que siendo niño ya estuvo condenado a muerte?

—Sí, señor cura; por el médico.  
 (De Cándide.)

## VARON DANDY

### loción

—EA, PELUQUERO!

Nada de engaños.  
 Deseo una LOCION

"Varón Dandy"

y para tener la seguridad de que es legítima EXIJO un frasco

(INDIVIDUAL  
 PRECISAMENTE)

de LOCION

"VARON  
 DANDY"

Haga Vd. lo propio. En la peluquería no se fie de frascos grandes abiertos previamente, pues muchos de ellos no contienen lo que Vd. desea. «VARON DANDY» no existe a granel.

Exíjalo siempre EMBOTELLADO.



Perfumería Parera

Salvador Polo, del Escorial.  
 Pilar Pozas Rey, de Orbigo.  
 Adela Quintana, de Santander.  
 Sofia Rueda, de Tafalla.  
 Lolita Miguel, de Guadalajara.  
 Antonio Vidart, de Gerona.  
 A. E. G. de T., de Avila.

Javier Manuellas, de Tetuán.  
 Ricardo Merced Gil, de Tuy.  
 Luisa Martínez, de Igüña.  
 Concha Artacho, de Gijón.  
 Josefa Pereira, de Bilbao.  
 Carmen Castaño, de Zamora.  
 Enrique Larrubia, de Toro.



# NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE  
NOVIEMBRE

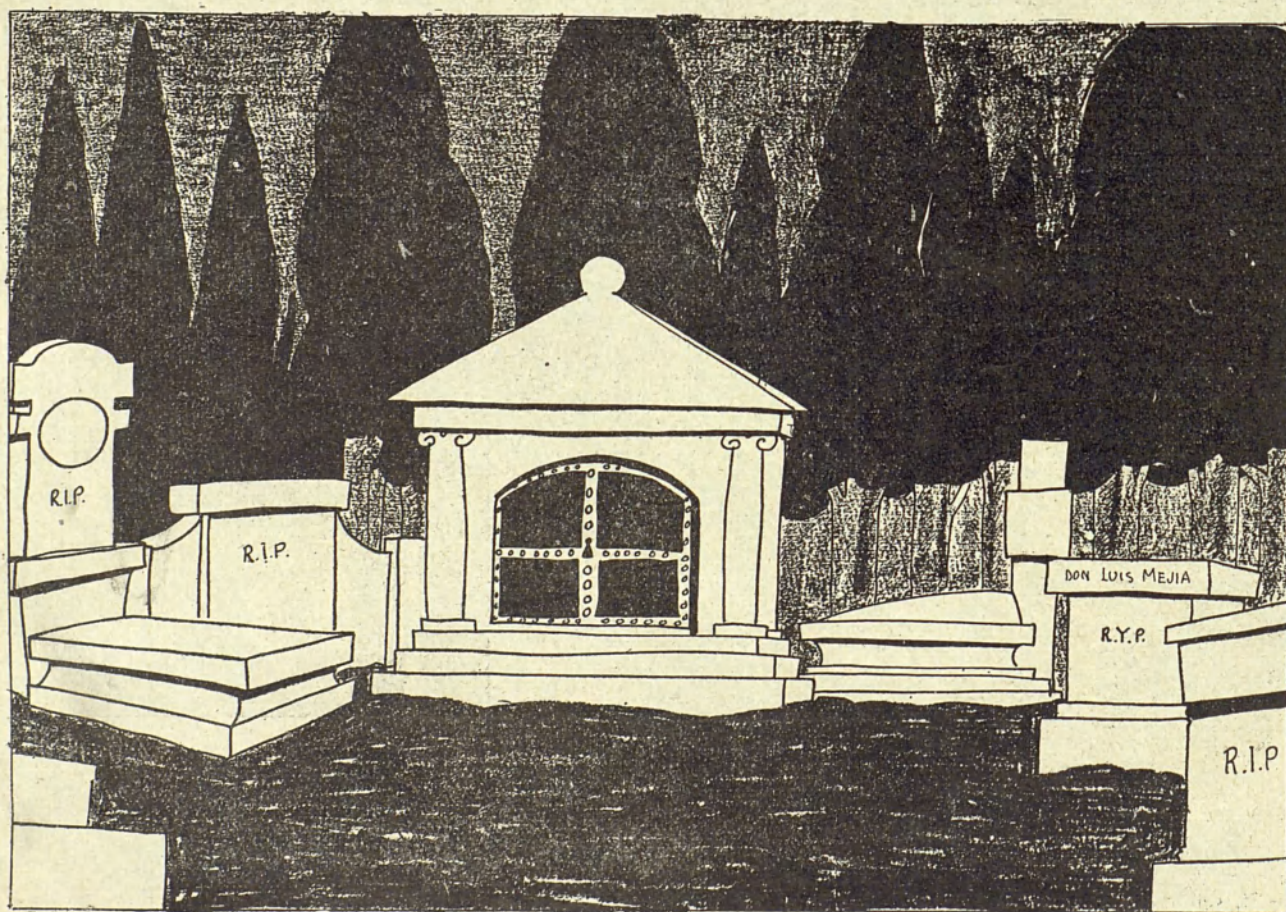
Como estamos en el mes del «Tenorio», de las castañas y de los difuntos, damos un succulento concurso, muy apropiado para estos días. Como verán nuestros caros lectores que se fijen un poco, se trata de la escena «cumbre» del drama del difunto don José Zorrilla, escena que tanto canguelo nos daba de chicos. Pero como habrán observado, el decorado y los personajes—El comendador, Don Juanito, las estatuas y el reloj de arena—se hallan cada uno por su lado. Se trata, pues, de que recorten los antedichos personajes y personajitos y los peguen con goma o con una estaca en su lugar co-

rrespondiente del negruzco fondo que va en esta página. Al lector que acierte en la distribución adecuada le obsequiaremos con un billete de

## CIEN PESETAS

sin estampillar. Conque ¡ánimo y a luchar por los veinte «ojos de buey»!

El plazo de admisión de soluciones termina a las 24 del día 30 del presente mes de noviembre.





## ¡A CALA, A CALA LOS DOY!

## SAINETE FRUTAL, RAPIDO Y EDUCATIVO

## (ACTO UNICO)

## UN PUESTO DE MELONES

El melonero está más negro que una de esas veraneantes que se han bañado en azafrán. En lo que va de mañana lleva calados treinta melones, y veintiocho le han salido como para dedicarlos a serenos, de PEPEs que son. Vocea con alarmante hidrofobia: «¡Melones, melones!... ¡Ay qué rricos!... ¡Arrope!... ¡A cala, a cala los doy!...»

El comprador tímido (se acerca al puesto y pregunta).—¿Son buenos?

El melonero.—¡Educaos en los marianistas, no le digo a usted más!

El comprador tímido.—Muy bien... Y dulces... ¿son dulcecitos?

El melonero.—La azucarera con diabetes.

El comprador tímido.—Perfectamente... ¿Quiere usted tomarse la molestia de calarme uno de dos reales?

El melonero (agarra un cuchillo imponente, lo volea con brío y lo sepulta en el melón, rugiendo sádicamente, mientras piensa: ¡Cómo me salga pepino me pego doce tajos en la yugular! Efectivamente, el melón calado no tiene de melón más que la cáscara. Todo lo demás despide un olorcillo a ensalada que tumba).—¡Maldita sea mi alma!... ¡Otro!

El comprador tímido (oliendo a distancia su infortunio).—¡Huy... me parece que ése...

El melonero (con un cinismo que entumece).—¿Qué tié usted que decir de este melón?

El comprador tímido.—Hombre, decir, decir... ¿Me

permite que lo huela de cerca?

El melonero (amoscado).—Antes sepamos: ¿Usted viene a comprar un melón, o un tiesto de claveles?

El comprador tímido.—Un melón.

El melonero.—Entonces, ¡al dientete!... Voy a cortar una raja entera...

El comprador tímido (queriendo evitar que aquello se complique más).—

¡¡No!!... No corte nada. Si yo, oliendo, me oriento perfectamente.

El melonero (no le hace el menor caso. Corta una raja grande, obliga al comprador a que la agarre y, po-

uiéndose frente a él con el cuchillo en alto, le grita, haciendo rebrillar de un modo aterrador la ancha hoja).—¡¡A ver si se atreve usted a ponerle un solo pero!!...

(El comprador tímido muere y mastica en un prudentísimo silencio, a pesar de que aquello sabe asquerosamente mal.)

El melonero (siempre con la «tizana» en la diestra).—¿Qué...

El comprador tímido (atragantándose).—Hombre..., malo, lo que se dice muy malo, no me atrevo yo a decir que sea...

El melonero.—¡Ah, vamos! Creí que se iba usted a atrever...

El comprador tímido.—Ahora que... sabe un poquito a cebolla...

El melonero.—Eso, lo da la tierra.

El comprador tímido.—¡Bastante a repollo... y muchísimo a zotal!...

El melonero.—Concretando, señor.

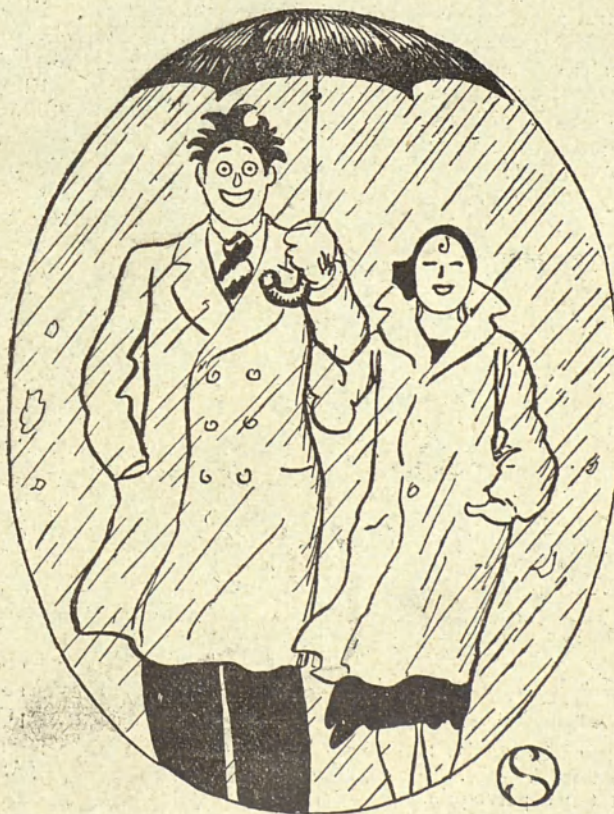
El comprador tímido.—Pues concretando, como usted dice..., que vamos a calar otro, a ver si Dios quiere que tengamos un poquitín más de suerte...

El melonero (vertiendo espuma por la boca y esgrimiendo el cuchillo).—¡Otro! ¡Me parece que usted iba a Quevedo y ha tomado un «Ventas!»

El comprador tímido.—¿Cómo dice?

El melonero (decidido a ingresar en Ocaña).—¡Que está usted bárbaramente equivocado!... ¡Usted se lleva este melón!

El comprador tímido.—



Dib. SILENO. Madrid.



¡Pero si es un bote de zota!...

El melonero.—Se lo da usted al perro pa las pulgas...; pero ¡usted se lleva este melón como yo tengo la desgracia de llamarme Atanasio!!

El comprador tímido.—¿Aunque sea malo?

El melonero.—¡Aunque fuera el vampiro de Düsseldorf!

El comprador tímido.—Me parece una arbitrariedad.

El melonero.—¡Nos ha irrigo el botánico éste!

El comprador tímido.—Me está usted faltando.

El melonero.—Y usted a mí sobrando desde las once de la mañana. ¡Tres horas llevamos dándole vueltas al melón como si fuera el Estadio en día de galgos, y, vamos, que no es pa tanto, señor, que en este tiempo habíamos podido levantar una casa de nueve plantas!... *(A las voces del melonero va acudiendo un considerable núcleo de curiosos, que contemplan el incidente con regocijo bizantino. En vista de aquel lleno que está teniendo, el melonero aprovecha para darle el golpe decisivo al comprador tímido.)* ¡No sé cómo me contengo!...

Uno de las butacas.—¿Qué pasa?

El melonero.—¡Que hay socios que pa comprar un real de coliflor se traen lupa y agua regia!

El comprador tímido.—No le tolero indirectas.

El melonero.—¡Eso..., pégume usted por revoltoso!... ¡Quié uno convencerlos por las buenas, y como si me pusiera a sacar logogrifos!...

Uno de anfiteatro.—¿Pero qué pasa?

El melonero.—Que aquí, el señor, se empeña en que este melón lo han fabricao en una droguería.

El comprador tímido.—Perdone, perdone, yo lo único que he dicho es que ese melón no me lo llevo.

El melonero.—¿Lo están ustedes oyendo?... ¿Y por qué no se le lleva, si pué saberse?

El comprador tímido.—Porque no me gusta.

El melonero.—¡Bonita razón, hombre!... ¡Tampoco me gusta a mí sacar la cédula!...

El comprador tímido.—¿Y eso qué tiene que ver con lo que hablamos?

El melonero.—¡Ay qué rico...! Tíe que ver más que Celia Gámez. Usted me dice a mí: «Atanasio: lo siento mucho, pero yo no me trago ese melón porque «tira» a botas de elástico propectas», y yo tan encantado como si estrenara boina. En cambio, usted me dice, sin razonarlo, que no le gusta, y yo, afectuoso y atento con la parroquia, le contesto: «Mi pésame más sentido, ¡pero usted se lleva el melón!...» Más justo ni don Guzmán el Buenísimo. Con la razón me llevan hasta Orense; sin la razón, ¡ni a la Casa de Campo!

El comprador tímido.—Entonces lo que usted quiere es que yo le diga concretamente qué le encuentro a este melón, ¿no es así?

El melonero.—Aproximadamente.

El comprador tímido *(animado por la enorme aglomeración de público)*.—Bien. No me llevo el melón ¡porque

es una porquería!... ¿Está usted tranquilo?

El melonero.—En esa esquina te esperaba, Gustava.

El comprador tímido.—Pues ya he llegado.

El melonero.—Vamos a ver si es verdad que este melón es una porquería... A ver, caballero, hágame el favor de comerse este cacho. *(Corta un pedazo y se lo traspasa a uno de primera fila, que, en vista de lo que le va a costar, se lo traga.)* Qué, ¿este melón es una porquería?

El catador.—¡Pst!... No está mal.

El comprador tímido.—Debo advertir que el melón lo compraba para mí, y no para ese caballero.

El melonero *(autoritario)*.—¡Usted se calla!... Señor, usted, que es imparcial, pruebe y dígame lo que opina. *(Le da un pedazo bastante grande.)* ¿Es una porquería este melón?

Segundo catador.—Hombre, yo no entiendo mucho, pero creo que no está tan mal como dice ahí.

El melonero.—Muchas gracias... Señora, hágame el favor de tomarse esta rebaná... ¿Cómo lo encuentra?

Tercer catador.—Sosito, durito, sequito..., pero no está mal.

El melonero.—Muchas gracias.

El comprador tímido.—Esto, más que un puesto de melones, parece la pista de Price.

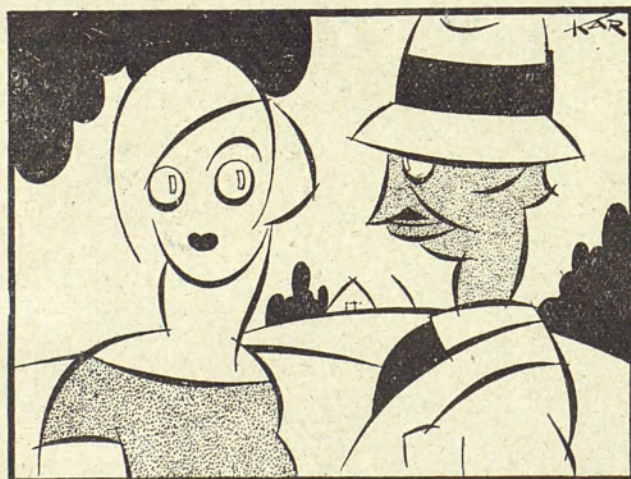
El melonero.—A ver otro caballero... Tome este trozo... Y usted, militar, cómase esta raja... Y esos niños de la última fila... Tomar, ricos, repartiros estas cuatro rajitas... *(Sigue repartiendo el melón entre el respetable, y cuando se ha quedado reducido a un plátano solicita de los «peritos».)* Ahora tengan la bondad de decirme: ¿este melón es una porquería?...

*(Todos los «invitados» emiten su informe, algo nebuloso, ésta es la verdad; pero si con motivos más que sobrados, a juicio de El melonero, para que éste agarre por las solapas al Comprador tímido, le saque los dos reales y, envolviéndole en un periódico el trocito de melón que ha «sobrado», le diga muy digno:)*

—¡Puede usted llevarse el melón!!

Y como me están diciendo  
que precinte ya esta lata,  
aquí termina el sainete.  
¡Que todo en el mundo acaba!

¡Arrea, qué filosófico me he puesto!



—¿Sabes que tu amiga Lolita ha trasladado la tienda junto a la iglesia de San Andrés?

—Habrás sido para tener parroquia.

Dib. KAR. Valencia.

L. PIeltain.





—Caballero. ¿Un taxi?  
 —No, gracias; será mejor que nos acompañe usted hasta casa.

Dib. FUENTE. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



# ENORMES Y ESTUPEFACTANTES COSAS, QUE SOLO PUEDEN SABERSE LEYENDO "BUEN HUMOR"

## QUINTA SERIE

En la encantadora y anchurosa ciudad de Tazza (Marruecos francés) resulta el coñac muchísimo más barato que en otras poblaciones más profundas y bulliciosas.

Porque por setenta céntimos se toma coñac en copa, y, al mismo tiempo, es innegable que se toma en Tazza.

Cosa que no ocurre en Madrid ni

por una peseta, lo que nos contraría muchísimo, como es lógico y natural.

\*\*\*

Cuando Plauto iba a la escuela, no era el buen estudiante que debía haber sido, teniendo en cuenta lo sabio que fué cuando llegó a mayor edad.

Naturalmente, debido a tan escasa aplicación, sufrió mil castigos, y uno de ellos fué el de quedarse sin postre la mar de veces.

Y hay que ver con qué dolor decía su maestro:

—¡Hoy este Plauto no tiene postre!...

Frase parecidísima a la que digo yo todos los días, sin dejar uno, frente a la poca espaciosa mesa del comedor de mi casa.

\*\*\*

Los sacerdotes austriacos llevan las coronas en los bolsillos y las coronillas en las cabezas.

\*\*\*

Los amores entre una cocinera y un señorito suelen acabar siempre en un guisado que mete miedo.

Lo sabemos por dolorosa e inmediata experiencia.

\*\*\*

Los tranvías de Lisboa son capaces para sesenta personas.

Pero, en cambio, los conductores suelen ser muy poco capaces.

No hay ninguno que sepa griego.

\*\*\*

Uno de los oficios más raros, a la par que modernísimo, que hay actualmente en el mundo, es el de cazador de ratas, en Londres, pagado por el Ayuntamiento de aquella nebulosa capital.



—Verdaderamente, Rosamundita, que en ninguna parte está uno mejor que con su mujer.

—Vamos, Bartolo, ¿ya has vuelto a reñir con tus amigos?

Dib. CASERO. Madrid.





—Es desolador; después de veinte sesiones de masajes, me encuentro más gruesa.

—Sí; pero hay que ver al masajista lo flaco que se ha quedado.

Dib. BERNAD. París.

La misión de tal socio es pernocar en las alcantarillas, provisto de una porra que casi es un porrón, y empezar a palos con la rata que tiene la desgracia de transitar por allí hasta perjudicarla gravemente. El Municipio abona dos chelines por cada cien ratas que pasan a mejor vida; de manera que, para sacarse seis chelines, que es lo que en Londres hace falta para vivir tal cual, es preciso mancharse las manos con la sangre inocente de trescientas ratas, y ya supondrán ustedes que el que quiere asesinar trescientas ratas tiene para un rato...

No obstante, es tal la cantidad de cazadores que figuran en las listas de la casa de la villa, que puede decirse que en la clase baja londinense no queda una rata que no se haya ofrecido a matar ratas. Últimamente ha habido espontáneos que, por un chelín, han matado ciento cincuenta; pero está probado que las matan peor que los otros, y no parece temible la competencia. Excusado es decir el escándalo que a las altas horas de la noche hay en las alcantarillas de aquella urbe. Los vecinos no pueden dormir y se quejan con razón. Y desde luego suponemos que las ratas se quejarán también, sobre todo al recibir 'as caricias de la porra, con lo cual se harán ustedes

cargo del jazz-band que se arma en Londres en el subsuelo en cuanto dan las diez y media.

No hemos podido explicarnos cómo

hay en Londres tal abundancia de ratas, con lo malo que es allí el queso... Hay quien supone que el Ayuntamiento tiene en las alcantarillas ratas falsificadas, solamente para resolver la crisis del trabajo y para que los obreros desocupados se saquen unas perras sin someter la imaginación a torturas imposibles.

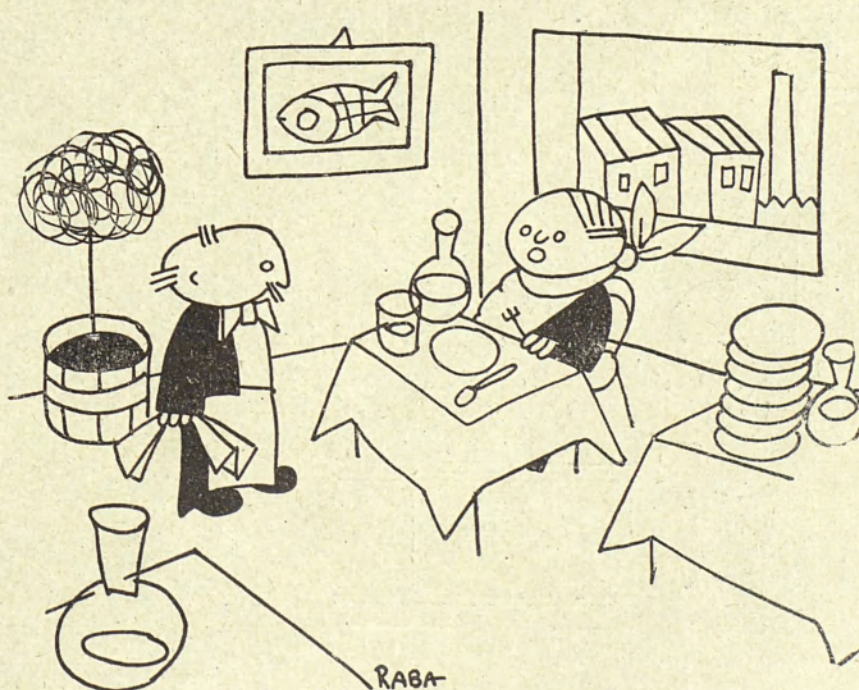
Si es así, lo aplaudimos con verdadero furor.

\*\*\*

Ahora que ha muerto Edison, que es el inventor más afortunado que ha paseado por el orbe, me parece oportuno dedicar un recuerdo al inventor más desgraciado de los Estados Unidos, el cual debió su desgracia a la inoportunidad.

Se trata de un tremendo hombre de ciencia, que hace treinta años empezó a ocuparse de inventar unos gemelos de teatro capaces de hacer ver a través de los cuerpos opacos.

Allá por el año 1899 vaticinó que, en breve, los espectadores que llevasen los gemelos que pensaba inventar, podrían ver de qué color eran las camisetas de las actrices, y si eran o no ciertas las eburneidades



—Tráigame otra ración de macarrones.  
—Estaban buenos, ¿eh?  
—No, señor; son para atar un paquete.

Dib. RABA. Madrid,



que prometían sus sandungueras figuras.

El anuncio provocó un frenesí en el público, que renunció a describir porque es muy tarde.

Y, en efecto...

Hace veinte días (que es cuando pudo dar cima a sus tareas) quiso hacer la prueba con sus gemelos en el teatro *Gaiety*, de Chicago, y al alzarse el telón comprobó la inutilidad de sus esfuerzos de casi medio siglo.

Porque las artistas salían concienzudamente en cueros, es decir, sin opacidades ningunas que hubiera que traspasar científicamente.

Lo que dije antes: inoportunidad.

Y el hombre hizo cisco los gemelos, vertió una lágrima, empezó a aplaudir y pidió la *pulga*...

Y menos mal que se conformó con eso.

\*\*\*

Una casa constructora de automóviles parece que ha encontrado el tipo de coche que va a concluir, de

una vez, con los zambombazos que se atizan los automovilistas contra las esquinas, árboles y demás obstáculos que interrumpen su marcha.

Sabido es que, cuando otra casa constructora creó el freno para las cuatro ruedas, ésto no dió el resultado que se esperaba. Pues bien: esta nueva casa aludida anuncia un flamante coche con un freno que actúa sobre el chófer, que es el único que tiene la culpa de que los coches se metan donde no deben.

Todo consiste en que el que va al lado del chófer, tenga serenidad para ver cuándo se empieza a poner feo el asunto. Y, en tal momento, no tiene más que pisar una palanquita y el chófer queda con los brazos sujetos por dos fuertes garfios y sin poder hacer nada, que es lo que se trataba de demostrar.

Y conquie el otro tome el volante y proceda como un hombre consciente y sesudo, la barbaridad queda evitada.

¡Sencillamente genial!...

\*\*\*

Hace cuatro días, en París, ha habido un morrocotudo incendio que ha dado mucho que hablar a los que no tenían otras discusiones más importantes en que meterse.

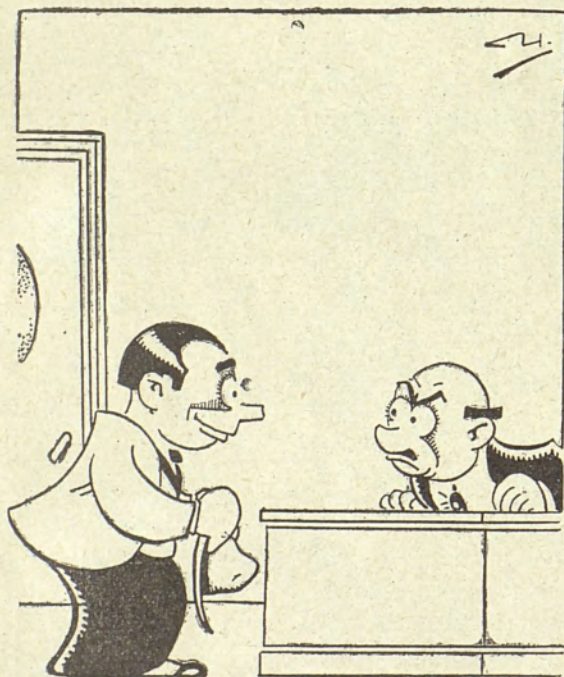
El incendio a que nos referimos es el que estalló, en la fecha indicada, en una peluquería de señoras establecida en la calle Vivienne, número 88, y en el que resultaron con las cabezas definitivamente chamuscadas veintitrés parroquianas que habían ido a hacerse la ondulación permanente y que se tuvieron que conformar con hacerse la cusca.

La Prensa se ha visto obligada a reconocer que este siniestro ha sido de los que encienden el pelo.

Y como no quiero que ustedes acaben la lectura más quemados que el establecimiento aludido, suspendo aquí mis divagaciones hasta mi próximo y sincero artículo.

¡Salud y constitución..., y algo de numerario!...

ERNESTO POLO.



—Supongo que usted no será de esos empleados que se pasan el día mirando el reloj de la oficina.

—¡Cá, no, señor! Yo tengo uno de bolsillo.

Dib. URDA, Barcelona.



—¿Me hace el favor? ¿Qué altura tienen estas montañas?

—No sé decirle; pero cuando yo era chico, tenían mil doscientos metros.

Dib. MOREFO, Madrid.



## UN DESCUIDO

¡Qué memoria la mía! Péssima. Hubo día en que me olvidé hasta de comer. Salí de casa a las ocho de la mañana, después de haber desayunado, y fué muy de noche cuando regresé.

—¿En dónde has almorzado?—me interrogó mi hermana, conocedora de mi total carencia mnemotécnica.

Traté de recordar, y, pese a los esfuerzos a que sometí a mi balón-cerebro, no lo conseguí.

—¿Has comido con alguien?—insistió ella, ayudándome en mi recordar.

—¿He comido con alguien?—repetí estupefacto.

Y como consiguiera precisar en qué había empleado las horas del almuerzo, concluí por decir, resueltamente:

—No; no he comido con nadie.

—¿Solo, entonces?...

—Tampoco.

—¿Estás seguro?

En aquella ocasión, mi estómago me transmitió la seguridad que yo necesitaba.

Otro día, sin saber el por qué, la inesperada pregunta me sobrecogió, y, un tanto inquieto, mentí:

—Sí; he comido con..., en el restaurante... Estamos planeando un negocio que consiste en...

Siempre me ha faltado imaginación para enjaretar esas fantásticas historias con que algunas personas nos entretienen, a sabiendas de que nos interesan.

—¿Con quién has almorzado?—me espetó mi hermana.

—Con... con ese; con...

Y en aquellos críticos instantes los nombres de mis amigos se borraron de mi balón-cerebro.

—Ya sabes que cuando quiero recordar algo no lo consigo—me disculpé con timidez.

—¿Qué has comido?—siguió apurándome.

Mi aprieto llegó a hacerse insoportable.

—¡Sopa!—grité exasperado.

—¿Nada más?

—Y pan, y postres.

—Principio y fin de todas las comidas. Pero dime un plato...

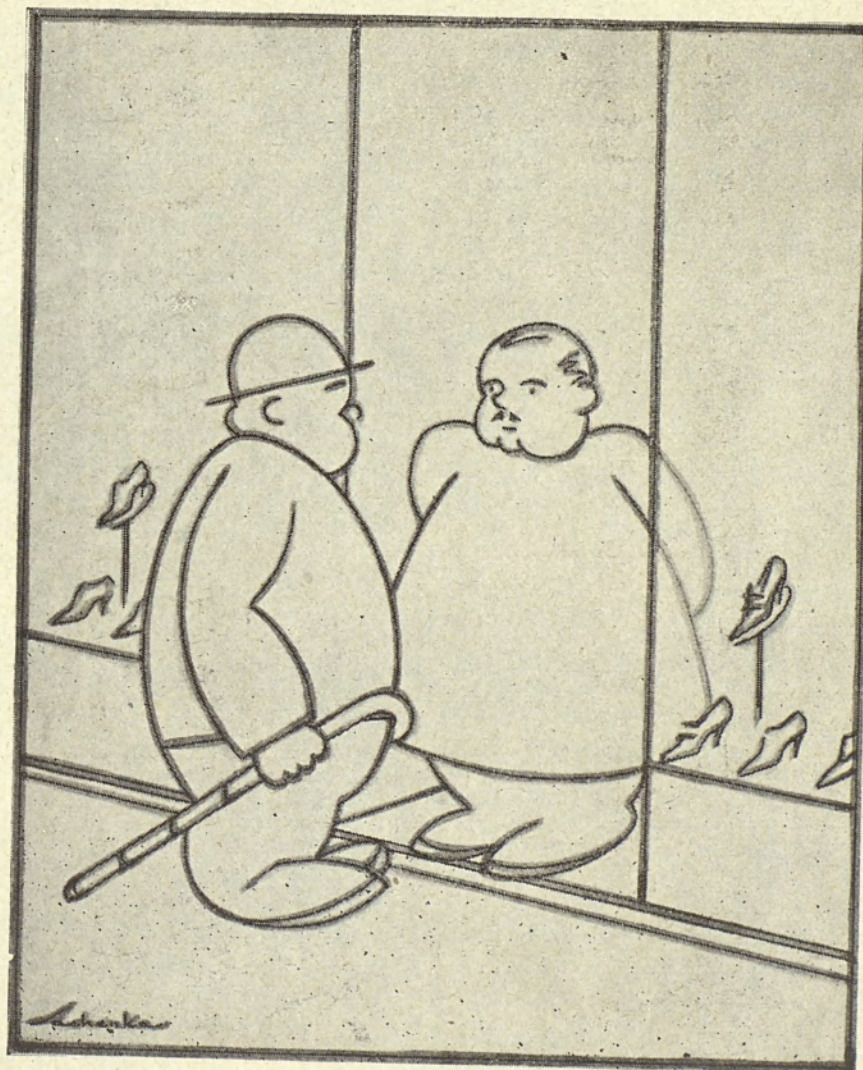
No pude acordarme de ninguno.

\* \* \*

Muchas mañanas, al salir de casa, los porteros me hicieron notar la falta de algunas prendas de mi indumentaria. Un día, fué la americana; otro, los zapatos; muchos, en épocas de lluvias, el paraguas. Jamás encontré mi pañuelo cuando mi nariz lo reclamó; ni el reloj, ni la cartera, ni el bastón, ni los guantes... Si alguna vez, sentado en la terraza de un

café, crucé mis piernas y estiré las perneras de mi pantalón, advertí, con terror, que me había olvidado de colocarme los calcetines.

Esta ausencia total de memoria llegó a preocuparme. Mis amigos se negaban a prestarme la debida atención. De dinero no había que hablar, puesto que nunca encontré quien me lo prestase.



—¿Qué tal don Cipri? ¿Cómo va el negocio?

—Mal, hombre. No se vende un zapato.

—¡Claro! ¡Como que todo el mundo anda de cabeza!

Dib. SACHENKA. Madrid.



Recurrí a un famoso doctor, especialista en enfermedades mentales, y le consulté mi caso. El cincuentón y renombrado galeno me cobró por adelantado, se subió en una silla y me apretó el cráneo con un dedo extendido perpendicularmente; después me pidió un pitillo, encendió una cerilla y me la pasó muy cerca de los ojos, tan cerca, que me chamuscó las pestañas. Por último, me sacudió golpecitos en las rótulas y, sonriente, me dijo:

—Mire, pollo. Su amnesia es descomunal. Yo le puedo recetar a usted unas cuantas porquerías; pero me ha sido usted muy simpático, porque es

usted de Valladolid, y le voy a desengañar. Lo más seguro en estos casos...

—¿Qué es lo más seguro?—le interrumpí, jubiloso.

—Calma, pollete. Lo más seguro, repito, es que anote usted en una agenda todo lo que tenga que hacer cada día.

Le abracé conmovido. No se me había ocurrido. Claro que yo no era especialista en enfermedades mentales. ¡Ah!

\*\*\*

Aquella noche compré una elegante agenda, con tapas recubiertas de piel de hipopótamo, y, antes de reti-

rarme a descansar, anoté en su primera página:

«Prendas con que he de vestirme diariamente de pies a cabeza.

1.º Dos zapatos.

2.º Dos calcetines con dos ligas.

3.º Un pantalón.

4.º Una camisa.

5.º Un cuello postizo con su correspondiente corbata.

6.º Unos tirantes.

7.º Un chaleco.

8.º Una americana.

9.º Un sombrero.

10.º Un impermeable de los más largos.»

Y me acosté satisfecho y sin desnudarme.

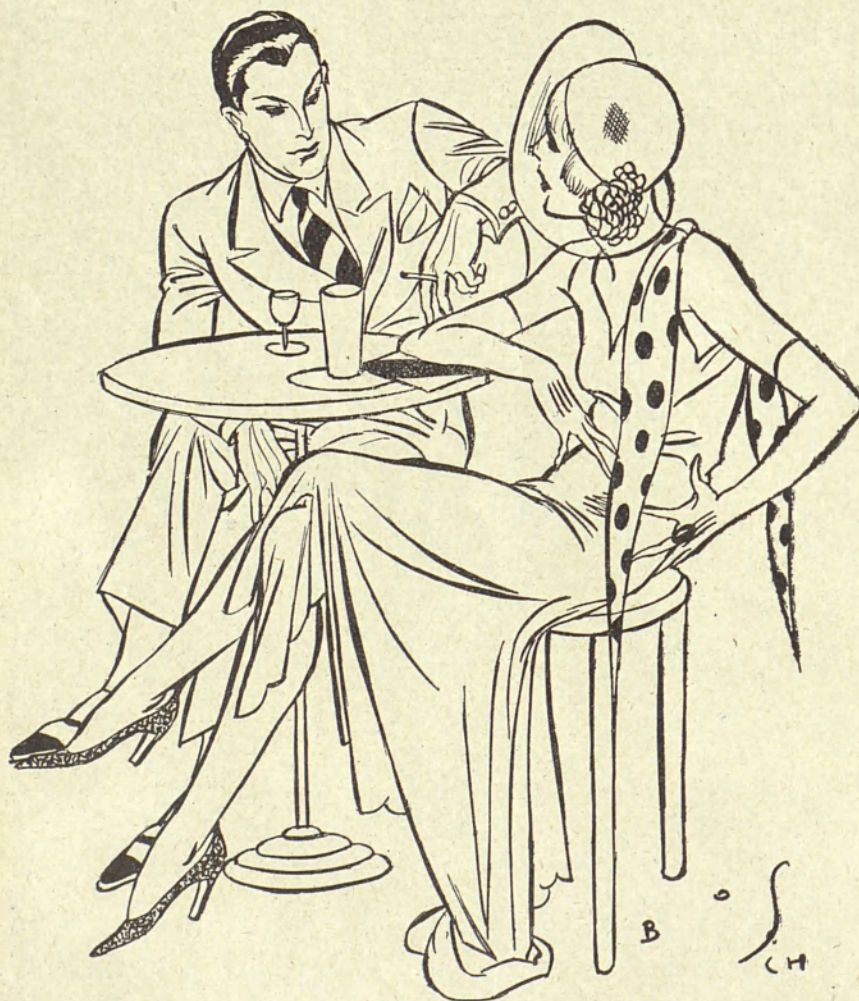
\*\*\*

Lo advertí al día siguiente, por la mañana, cuando me levanté del lecho. No necesitaba servirme de la agenda, puesto que no tenía que ade rezarme. Mas transcurrieron otras veinticuatro horas y, por casualidad, amanecí semidesnudo entre las sábanas. Lancé un grito de gozo y me tiré de la cama. Mi primer cuidado fué tomar la agenda y proceder a vestirme, consultándola a cada paso.

Cuando terminé de arreglarme, quedé satisfecho. Podía salir a la calle, sin temor a las burlas de los chiquillos ni a los disimulados barrenamientos, con los dedos índices en las sienes, de los jóvenes de ambos sexos.

Para festejar el regreso de mi memoria, presa para siempre en uno de mis bolsillos, decidí solazarme en un teatro de varietés. Llegué al patio de butacas y, antes de acomodarme en mi localidad, me despojé del largo impermeable, que dejé en el respaldo de aquélla. En la sala se producía un murmullo ascendente, seguido de estentóreos gritos y carcajadas. Miré a derecha e izquierda. Todos mis vecinos hacían esfuerzos para no reírse. Algunos volvían la cabeza, tratando de disimular; otros se tapaban la boca con las manos. Temí haber sido víctima de alguno de mis frecuentes descuidos. Me observé con espanto y creí desmayarme. Me había vestido un traje de un sobrinito mío, bastante crecido, ¡de marinerito!...

PABLO TORREMOCHA.

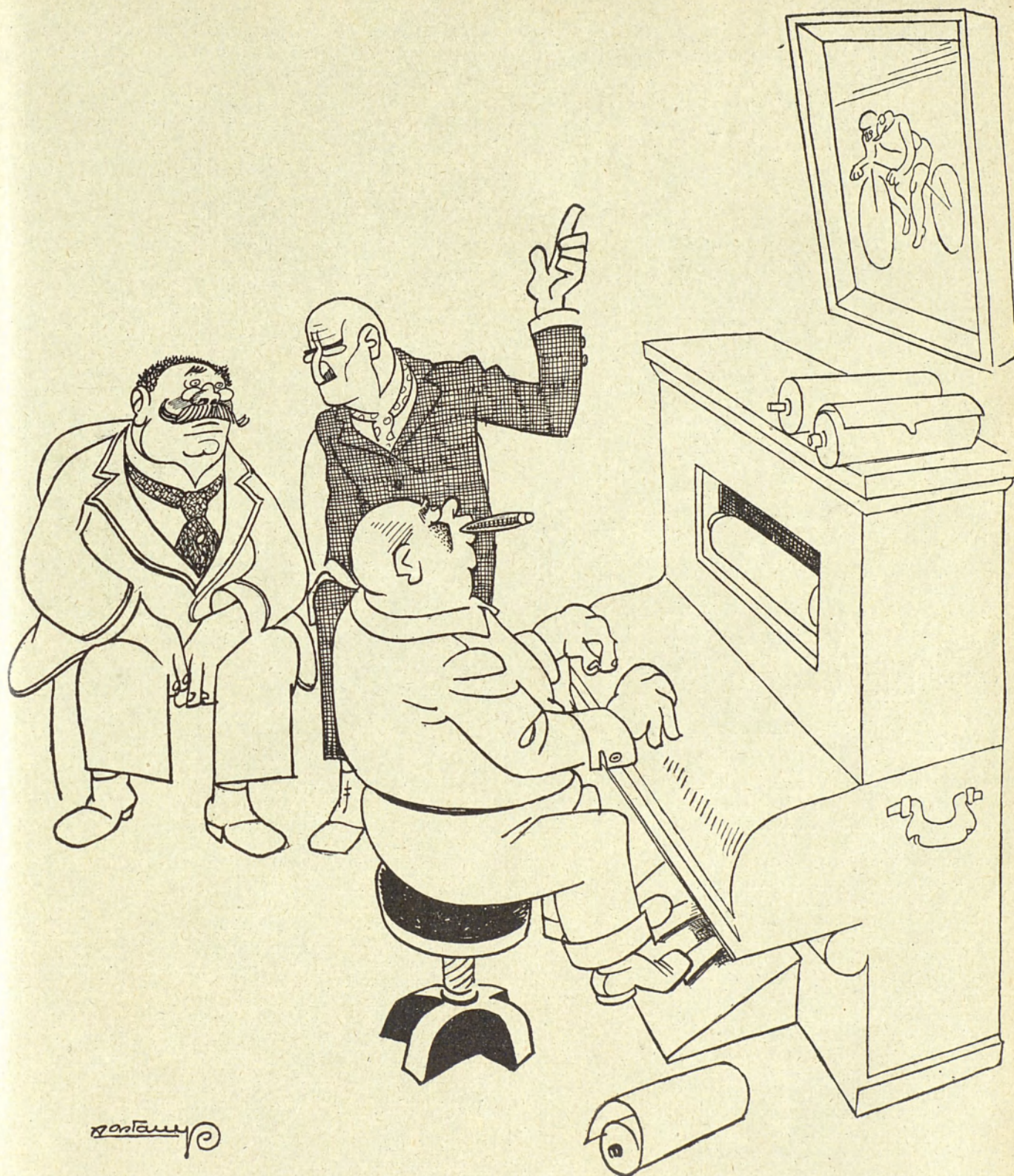


—¿De manera que no me compras el auto y dices que me quieres como Dios manda?

—Sí, hijita. Dios manda que nos queramos como hermanos, pero no como primos.

Dib. Bosch. Barcelona.





—Diez horas que pedalea agotando los rollos de la pia nola, y aun no da muestras de fatiga.  
 —¡Ah! ¿Pero usted no sabe que en su juventud había ganado las veinticuatro horas del velódromo de Berlín?

Dib. CASTANYS. Barcelona.





—Desengáñate, Ulpiano: el agua ha matado más vidas que el vino.

—Tú estás mocholes, Ulogio.

—No, hombre. Acuérdate cuando el deluvio universal.

Dib. MIGUEL. Albacete.



—¡Sí, hija de mi alma! Muy cerca de aquí tengo un hotelito para usted.

—Ya, ya... ¡El hotel de Inválidos!

Dib. LLOP. Valencia.

## ¡EL MALDITO DINERO!

Aunque me ha puesto en más de un trance amargo  
el no tener jamás una peseta,  
me juzgo, sin embargo,  
el hombre más dichoso del planeta.

Yo soy, ¿por qué negarlo, qué demonio?,  
hombre en torno del cual el hombre gira  
sin otro patrimonio

que su ya vieja y destemplada lira;  
lira a cuyo compás, en mis verdores,  
entoné himnos de amores  
a las Conchas y Luisas que el destino  
se sirvió colocar en mi camino.

Soy pobre, sí, señores,  
y esta misma pobreza  
me resta pesadumbres y temores  
y me hace grande sin tener grandeza.

Y anoto como caso extraordinario  
un hecho que ni oculto ni doploro:  
yo no envidio jamás al millonario  
que vive almacenando montes de oro;  
pues falto de millones

con que comprar caricias y placeres,  
ni temo que me asalten los ladrones,  
ni temo que me quieran las mujeres!

Y esto me proporciona la ventaja  
de no estar siempre en vilo,  
pensando en si la libra sube o baja  
ni en otro menester por el estilo.

Por nada ni por nadie vivo alerta;  
me acuesto y me levanto tan tranquilo,  
y, como todos lo veréis, mi puerta  
se halla siempre de par en par abierta.

Nadie a mi puerta llama  
esperando atrapar lo que me sobre,  
y es porque las trompetas de la fama  
han pregonado ya que soy muy pobre.

A mí nadie me envidia,  
y esto me hace dichoso,  
porque jamás me asedia la perfidia,  
que suele aconsejar al envidioso.

Y como ni de propios ni de extraños  
espero ni pesares ni dolores,  
tengo esperanzas de vivir mil años,

¡mil años, sí, señores!

Pues como con mi herencia  
ninguno ha de llegar a la opulencia,  
nadie, grande ni chico,  
tendrá interés en ver si yo hincó el pico.

Esto me hace vivir tranquilamente  
y dichoso y feliz me considero,  
¡pues no temeré nunca que mi gente  
me ame por el dinero!

MANUEL SORIANO



## “¡SE COMPRAN COMEDIAS!”

Hay un señor que anuncia en el periódico y que dice: *Se asegura el estreno de comedias. Se compran comedias originales.*

Esto es serio. El porvenir con esto, ¿queda abierto? O, por el contrario, ¿se cierra? ¡Estamos en duda atroz que quisiéramos aclarar y desvanecer cuanto antes

Por lo pronto encontramos que el anuncio tiene dos distintos términos, que se contradicen u oponen. Si nosotros tenemos—¡que quieren! nadie está en el mundo libre de desgracias—una o varias comedias en cartera y nos garantizan su estreno, ¿cómo, entonces, venderlas? Es absurdo. Así, a primera vista, es absurdo.

Cabe, sin embargo, una salida: que el hombre—o la agencia—en cuestión abone pingüamente las comedias. En este caso, sí; puede haber autores que se digan: «Prefiero vender ahora a correr después el riesgo... Si el comprador me da más de lo que yo pueda sacar en caso adverso, puede ser negocio vender y prefiero lo seguro a lo probable».

Aquí, pues, el primer punto, que quisiéramos aclarar: «¿A cuánto compran?» Suponemos que habrá varios precios; y en caso de que, en efecto, los haya, ¿con arreglo a qué distingos se establecerán las tarifas? ¿Al peso? ¿Por géneros? ¿Por chistes? ¿Por lágrimas acaso?... «Cada vez que el manuscrito nos haga llorar de pena y al mismo tiempo de gusto; cada vez que en la comedia tenga algún personaje una o varias penas de esas que nos hacen decir: «¡Ay, qué bonito!» se le darán al autor de dos a tres billetes de a mil, según la profundidad del jipío. Por cada burrada gorda que se le ocurra al autor de una obra cómica, se le abonarán cien pesetas. Si logramos «troncharnos», mil pesetas. Los carcajeos y explosiones hilarantes a lo largo de una escena, se valuarán a tanto alzado, según precios convencionales».

Ahora bien, suponiendo que así sea, quedan todavía dudas y puntos por aclarar. ¿Cómo y quién valuará los carcajeos? ¿El comprador, quizás? El inconveniente es notorio; si

el comprador, al escuchar una comedia, va a tener que pagar cien pesetas por cada vez que se ría, la cara de Pamplinas será un retortijón de hilaridad comparada con la máscara impassible que habrá el auditor-comprador de componer al escuchar cada comedia.

A nosotros nos parece que debe intervenir en este asunto la Dirección o Comisión de Pesas y Medidas y obligar a que ese comprador emplee—si ya no lo emplea—unos de esos aparatos que utilizan en los laboratorios de psicología experimental para medir la atención y la emoción.

Si las cosas se hicieran en el mundo con orden y con ciencia y con justicia, debería tener cada butaca, en las salas de espectáculos, un apa-

ratito de éstos, a fin de comprobar, sin disimulos ni complicaciones de «claqué», la impresión de cada uno. Debiera cada crítico, igualmente, para poder ejercer su «ministerio», pasarse de antemano por un laboratorio de esta clase y allí «sufrir» un examen; escuchar la lectura de obras tipo, con el aparato puesto, a fin de ver, por ciencia, y ciencia exacta, si aquel hombre era tronco de alcorneque o daba las reacciones de emoción necesarias para el cargo.

Si las cosas estuvieran ordenadas como debieran estarlo, habría un Instituto de esta clase y no habría, por lo tanto, en el caso de venta de comedias, conflicto ni error alguno; cada obra sometida al aparato tendría su coeficiente de emoción y cada em-



—¡Caramba con el tiempesito!... ¡Se ha metido en agua y no hay manera de poder regar!

Dib. SORAVILLA. Madrid.



presario sometido al aparato llevaría en la piel, marcado por un hierro candente, el grado de permeabilidad que hubiese dado el aparato de medida en el día de la «tenta».

Esto sería lo justo y lo prudente. No vemos que haya razones para que cualquier empresa le diga a cada autor: «Veamos si usted sirve para autor», y no le diga nadie al empresario: «Veamos si usted sirve para empresa». El empresario es un juez, y no puede ser juez sino aquel que ha ganado oposiciones.

El anunciante en cuestión, o es un empresario, o tiene metimiento con empresas, ya que sólo de este modo se puede garantizar—como él garantiza en su anuncio—el estreno de comedias.

Pero hay algo en el anuncio de mucha más importancia: el que las obras que compre o que estrene hayan de ser—como en el texto se dice—«originales».

Esto lleva nuestro asombro y nuestra perplejidad a extremos inconcebibles. ¿Será este anunciante incógnito un filántropo que quiere depurar la dramaturgia comprando o estrenando a toda costa—quizá a todo coste—las obras «originales»? Y ¿será este hombre capaz de saber, entre tantas y tantas obras como surgen, cuáles no sean traducción o no sean... arreglo?...

Porque eso sí que es difícil. Para eso no es posible recurrir a ningún aparato. No hay ningún instrumento

pneumático que pueda averiguar la paternidad de las comedias. Esa no es misión psicométrica: es biológica; y la Biología, hasta hoy, no ha conseguido descubrir métodos ciertos para descubrir con certeza si los niños y los dramas son o no de los padres nominales. A veces, ni el parecido es un indicio seguro. Un niño se parece a un tío suyo, y es porque el tío, a su vez, se parecía a su

abuelo. Con los dramas pasa igual: hay veces que una obra se parece muchísimo a otra, y no quiere decirse por eso que haya sido copiada de esa otra: es que, a veces, han sido, las dos, copiadas de una tercera...

Para que una persona, por lo tanto, pueda saber si una obra es original o no, tendrá que haberse leído todas las obras del mundo y habrá tenido, sobre todo—esto es peor—, que ir al cine a diario.

Pero, además, hay un error en todo eso: ¿por qué decir, al hablar de ciertas obras, que no son originales? Es injusto. ¡No han de serlo! Hay obras que son originales, pero muy originales; lo que pasa es que no son del autor que las firma y que las cobra; pero ¿originales?, del todo.

Conviene que el anunciante aclare esta extremidad. Porque si nosotros vamos y le llevamos a ese señor, pongamos por caso, el *Hamlet* o *El Alcalde de Zalamea*, ¿nos comprará esas obras? Sospechamos que no. Y, no obstante, ¿se atreverá a decirnos a nosotros que no son originales? Pues lo mismo le puede ocurrir con muchas otras.

Haga el favor de aclararnos estos puntos. Es cosa que importa mucho, porque pudiéramos entrar en relación y hacer un negocio redondo. Nosotros tenemos de veinte a treinta fanegas de comedias, y pudiéramos dejarle el lote entero a tres o cuatro pesetas celemin.

MANUEL ABRIL.



—¿Qué va a ser?

—Tengo una sed bárbara. Trágame algo con mucha agua.

—Le traeré un vaso de leche.

Dib. SANZ. Madrid.



—Pero ¿qué haces ahí, hombre?  
—¡Cállate; es un ejercicio alpino!...

Dib. ADALBERTO. Jerez.



—Vamos a ver, Alfonsito. ¿Qué es la sintaxis?

—Pues... mi novia cuando sale del teatro en un día de lluvia.

Dib. ALA. Barcelona.





—También estamos en deuda con los de Carrasquín, que hace quince días nos convidaron a comer.  
—¿Y piensan ustedes devolverles la comida?

Dib. GARRIDO. Madrid.





## EN LA SELVA VIRGEN Por FRANCISCO HERCZEG

La niña Rara, siendo un bebé, fué robada por una hembra de gorila, desapareciendo entre la espesura.

El padre de Rara, que era uno de los notables de la tribu, resignóse a aquella desgracia porque le quedaban bastantes hijos.

Pero el abuelo no podía resignarse a perder su pequeña favorita. Con un celo obstinado lanzóse tras la ladrona y, después de haber descubierto su madriguera, trájose a su nieta, con dolor de la familia gorila.

Desde entonces Rara y su abuelo iban siempre juntos, y el anciano se encargó de la educación de la chiquilla, enseñándola a extraer el fuego del frotamiento de dos trozos de madera, a subirse a los cocoteros, a construir cabañas de adobes, etc., etc.

Rara comenzaba a ser considerada como una muchacha, cuando el sumo sacerdote, según costumbre antigua, la puso en la nariz un pequeño trozo de madera, para, en el plenilunio, ir, en compañía de las demás muchachas casaderas, a danzar bajo el árbol sagrado.

Los jóvenes guerreros declaraban que Rara era la muchacha más linda de las orillas del río Flamingo. Sobre todo, danzaba la danza de la víbora como si sus nervios fuesen de alambre.

Después del primer baile, Babu, el hijo mayor del jefe de la tribu, regaló a Rara dos ratas de agua.

Después del segundo baile, el sueño secreto del abuelo se cumplió: el poderoso jefe de la tribu fué a pedir la mano a la cabaña de los padres de Rara.

La ceremonia de la petición de mano se cumplió estrictamente, según las reglas de la etiqueta dinga.

Por modestia, el padre de Rara negó hasta el hecho de que tuviese una hija. Más tarde se acordó, sin embargo, de que, en efecto, había en su ca-

sa una especie de criada, fea y sucia.

Y Rara, para probar cuán virginalmente pura era, se ocultó en la bodega entre montones de zanahorias.

Después entregó a Babu un ramo de avellano, como símbolo de que se sometía al poder del marido.

\*\*\*

Habían decidido celebrar las bodas en el plenilunio, pues, como es sabido, la gran claridad de la luna debilita la fuerza de los malos espíritus.

Los dos padres se dieron la mano, y el de Rara dijo alegremente:

—¡Para las bodas, mataremos al abuelo!

¡Matar al abuelo! Aquello había parecido una buena idea.

El abuelo estaba bien de carnes; había ya alcanzado la edad en que no se soporta bien el trabajo, no le gus-

taba trepar a los árboles, de suerte que, para él, debía ser agradable ser útil con su muerte a Rara, a la que tanto quería.

La pequeña Rara aplaudió con alegría cuando supo que en honor suyo iban a matar a su abuelo. Sabía que su padre era muy bueno; pero nunca había confiado en un regalo de bodas tan espléndido.

Como buena dueña de casa, decidió en seguida que para las bodas se cocerían unos buenos filetes de abuelo, y el resto lo pondrían en sal, para el invierno.

Por la noche, todo el pueblo sabía ya que en las bodas de Rara se comerían al abuelo. Aquello produjo sensación, pues todo el mundo quería al anciano.

Y la hermanita de Rara saltó al cuello de la novia y la cuchicheó púdicamente:

—¿Verdad que me darás las orejas del abuelo?

Según la superstición de los enamorados, la muchacha que comía una oreja humana encontraba marido aquel mismo año.

\*\*\*

Rara llevó a su abuelo nueces olorosas.

—Come, abuelo—le dijo.

—¡No quiero!—murmuró el anciano.

—Es preciso que lo comas, abuelo, pues así tu carne se pondrá tierna.

—Yo no quiero que me coman.

—Pero, abuelo, ¡si se trata de mis bodas! ¡De las bodas de tu pequeña Rara!

—No me importa; no quiero que me coman—repitió el viejo.

Rara corrió en busca de su padre, y le habló de la oposición del abuelo; entonces, aquél le dijo a éste:

—En realidad, ¿qué es lo que pretendes, padre? Bien sabes que, tarde



—¿Para qué quiere usted un revolver silencioso?

—Porque quiero matar a mi marido sin que se entere.

(De *Smith Weekly*. Sidney.)



o temprano, la muerte volverá a buscarte. ¿Crees que será una muerte mejor si te ves desgarrado en la selva por una pantera? ¿O será preferible que te pudras como un árbol viejo? ¿O el que te conviertas en una carga para los demás y para ti mismo, y que una mala enfermedad te aniquile? No, padre mío; tú no puedes desear semejante cosa. Para ti no hay más que un solo fin digno: morir en medio de los tuyos, en un día que será una doble fiesta por el primer paso de tu nieta y el último tuyo en la vida. Tú también te comiste a tu padre, y éste al suyo. Mis hijos se me comerán igualmente. En el festín, del que tú serás principal plato, estarán reunidos todos tus parientes y tus buenos amigos. Haremos que llegues a la mesa en una forma digna de ti. Si tuvieses algún deseo especial; si, por ejemplo, desearas que se te sirviera con setas, o que te presenten mechado con trocitos de tocino..., lo dices.

El abuelo no quiso seguir escuchando y comenzó a gritar:

—No, no quiero que me sirvan a la mesa.

\*\*\*

El sacerdote, como confidente de la familia, fué a ver al abuelo.

—¿Crees en los dioses?—le preguntó.

—¿Cómo no creer en ellos?—respondió el abuelo, completamente asombrado.

—Entonces sabes que nuestro dios principal es Kai, el de la cabeza de cocodrilo... A pesar de eso, no fué él quien creó el mundo, sino su padre Kao, el de la cabeza de búfalo. Kao tuvo diez y seis hijos, y se los comió a todos. El diez y siete fué Kai, el de la cabeza de cocodrilo, que mató a su padre con el bastón santo y se lo comió, a Kao, el de la cabeza de búfalo, y de ese modo cambió el orden de la naturaleza. Desde entonces, el que se opone a estos mandatos, después de su muerte, se transformará en un sapo y habrá de croar eternamente en el lago de azufre del infierno...

El abuelo miró sombríamente ante sí, pero, al fin, exclamó:

—¡Prefiero ser un sapo a dejar que me coman!

\*\*\*

Como la actitud del abuelo se hizo pública, el poderoso jefe de la tribu fué en persona a verle, y le dijo:

## Especialista agradecido

El afamado ortopédico de Barcelona Don A. G. Raymord, considera que es su deber dar a conocer a las personas canosas la siguiente receta cuya preparación se hace de modo muy sencillo en su casa.

«En un trasco de 250 grs. se echan 30 grs. de agua de Colonia (5 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de «Uicerina» (una cucharadita de las de café), el contenido de una calita de «Orlex» y se termina de llenar el trasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción, que ennegrece los cabellos canosos o descoloridos volviéndolos suaves y brillantes, pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No fíe el cuero cabelludo, no es tampoco grasienta ni pegajosa y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

—Amigo mío, puedes creerme que no es el egoísmo lo que habla en mí. Yo como carne humana siempre que quiero. Pero ahora no se trata de mí, ni de ti, sino de un principio superior. Si tú te sustraes a cumplir la ley, puede también otro querer sustraerse a ella, y de este modo pronto llegaremos a que no habrá ley, autoridad, familia, Estado ni nada. ¿Comprendes ahora, amigo mío, que tengo razón?

—Lo comprendo—dijo el abuelo; pero, sin embargo, no quiero que me coman.

El poderoso jefe miró con desprecio al viejo y dijo las siguientes palabras:

—Mi deber es defender el orden contra los rebeldes, y por esa razón exijo que se te coma en las bodas de Rara, asado o rebozado, eso me es igual: lo principal es que se te sirva a la mesa, pues ahora se trata ya de una cuestión de principios.

Y dicho esto, se alejó.

\*\*\*

Rara, que sufría por causa del capricho del abuelo, hizo todavía una postrera tentativa. Con los ojos llenos de lágrimas se arrojó al cuello del anciano.

—Abuelo, abuelito mío querido, ¿es que ya no quieres a tu pobrecita Rara? ¿Ya no eres aquel que me salvaste del nido de los monos? ¿No eres tú el que me diste de comer, me educaste y me mimaste? ¡Mi querido abuelito! Y ahora, a pesar de todo, quieres que yo sea desgraciada, que me señalen con el dedo... Quieres que mi matrimonio no se haga, quieres que tu Rara se muera de pena...

La conciencia del abuelo se agitaba y sus ojos se llenaron de lágrimas... Comprendía que estaba obrando como un hombre egoísta; y, sin embargo..., ¡no quería que se lo comiesen!

\*\*\*

—¡Podemos comenzar la ceremonia!—dijo el sumo sacerdote.

Pero uno de los principales personajes, el abuelo, estaba invisible.

Después de interrogar a todo el mundo y de registrar por todas partes, se supo que el abuelo se había escapado. Alguien le había visto en un cañaveral cerca del río.

—¡Es preciso cogerlo!—exclamó el jefe furioso.

Todas las personas de la boda corrieron y registraron el cañaveral. Rara estaba entre los cazadores.

—¡Con tal de que se le coja!—dijo la pobre niña, y registró el matarral, pues comprendía que la felicidad de su vida dependía del resultado de la cacería.

Alguien lanzó un grito, y señalando al río dijo: «¡Allí está!; y sobre el ancho río, y cerca ya de la otra orilla, nadaba una cabeza gris, encrespada. En torno suyo, bastantes cocodrilos.

—¡Mirad al desgraciado!—exclamó el jefe—; prefiere dejarse devorar por los cocodrilos antes que por sus queridos parientes!— Pero los cocodrilos no devoraron al abuelo. Las gentes de la boda vieron que alcanzaba la otra orilla, salía del agua, se sacudía y desaparecía satisfecho entre la espesura...



—Tienes diez años y eres casi tan alto como mi paraguas.

—¿Cuántos años tiene tu paraguas?

(De Le Rire.)



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa-ra el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

En una tienda de comestibles:  
—Deme usted otro jamón,  
que éste parece que no está  
curado.

—¿Que no está curado este

*El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:*

El padre.—¿Quiere usted mucho a mi hija?

El novio.—¿Quererla? Me tiraría desde la torre de la catedral por ella, moriría por ella, sería su esclavo y me arrojaría al fuego por salvarla...

El padre.—¡Muy bien! Pero no puedo consentir en el matrimonio, porque yo soy bastante embustero y basta con uno en la familia.

José CARRIÓN (Madrid).

jamón? ¡Si acaba de salir del hospital!

Emilio Mascort.—Sevilla.

—Oye, ¿cuál es la caraba de un carpintero?

—Pues clavar una tabla con puntas de espárragos.

Chispolet.—Bilbao.

EN UN EXAMEN

—¿Disminutivo de ciego?

—Tuerto.

«Un Sujeto».

## Casa de las PANTALLAS

¡Preciosas, desde 2 pesetas.  
Aparatos de comedor cuya  
luz facilita la digestión, desde  
18 pesetas. Sólo los tiene  
Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

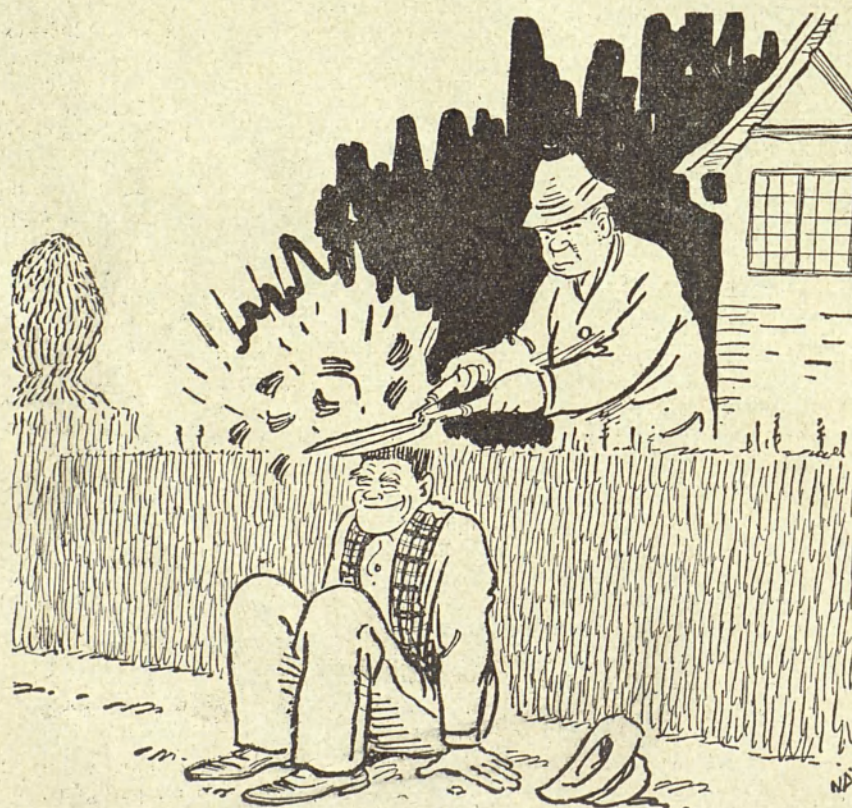
¡QUE SUERTE!

Cierta vez Paco Murat,  
un avivado ratero,  
robó una localidad  
de los toros a Sotero;  
más, por desgracia, esta vez  
sus piernas bien no corrieron,  
y pudiéndole coger,  
en la cárcel lo metieron;  
y comentando el suceso  
dijo su amigo Patricio,  
hablando con otro chico  
que era también del oficio:  
«¿Te has dado cuenta, Amador?  
¡Su suerte loca me asombra!  
¡Roba una entrada de sol,  
y le ponen a la «sombra»!  
Ramperito (Palencia).

Una madre se lamentaba en  
estos términos:

—Tengo un hijo estudiando  
medicina que siempre me está  
pidiendo dinero sin fundamen-  
to; este hijo me va a quitar la  
vida.

Y agregaba:



El tacaño ha decidido cortarse el pelo.

(De Hummel. Hamburgo.)



—¡Si al menos aprovechase!...  
Un médico que le sorprendió le dijo:

—No le quepa duda de que aprovecha y sabe su oficio; sus palabras me indican que está haciendo su primer experimento.  
**Cucufate** (Pamplona).

PARECIDOS

—¿En qué se parece una cuesta a una cosa que está sin hacer?

—En que está pendiente.

—¿Y un tranvía del disco 51 a Semana Santa?

—En que el tranvía llega a Torrijos y en Semana Santa llegan las torrijas.

—¿Y un besugo al médico de mi casa?

—En que el besugo es un animal de la mar, y el médico de mi casa, es la mar de animal.

**Teduar** (Madrid).

ENTRE AMIGOS

—Mi hijo le da mil vueltas al tuyo.

—Hombre, no sabía que mi hijo fuera una noria.

**Sarrerao Lleviao** (Barcelona).

ENTRE VECINAS

—Dices que te entrega el suelo entero. Y ¿cómo se las arregla ese demonio de hombre para venir todos los días a casa? ¿alumbráo?

—No ves que como le han hecho diputado, creo que tiene un enchufe.

**M. P. L.** (Madrid).

—Sí, señora; mi marido ha estado muy malo. No comía nada y todas las noches se le iba la cabeza al acostarse...

—¡Ay, dichosa usted, doña Consuelo!

—Caray; ¿por qué, doña Petra?

—Al niño, sobre que no se acostaba, se le iba la cabeza y todo lo demás y no volvían hasta bien de madrugada, después de haberse jugado hasta las pestañas.

**Emilio Mascort** (Sevilla).

—Doctor: háceme unos cuantos días que tenía ganas de matar a alguien.

—¡Caramba! ¡Pues vaya con cuidado!

—¿De qué? ¡Si ya he conseguido matar a mi esposa!

**Baolo** (Barcelona).

Un importante diario publicó el siguiente anuncio:

«Esque las mortuorias con tal

**BARCELONA**  
**HOTEL**  
**BEAUSEJOUR**  
Paseo de Gracia 23  
Casi frente Estación  
Apeadero de Gracia  
Teléfono 20745-46

**PENSION**  
**FRASCATI**  
Cortes. 647  
Teléfono 11642

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Baños, ascensor, Pension desde Ptas. 12:50. Cubiertos Ptas. 3:50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

rapidez, que las puede leer el mismo interesado.»

**Juandarte y Estebangómez** (Madrid).

En un tranvía hay una señora y un mozo fumando.

La señora (que lleva «Buen Humor»):

—¿Desearía usted algo para leer?

—Sí, señora; muchísimo.

La dama (señalando el letrero «Se prohíbe fumar»):

—Entonces, lea usted eso.

**Pedro Grullo** (Stratford-on-Avon (Inglaterra)).

PARECIDO

—¿En qué se parece la Economía a Intendencia?

—En que Intendencia tiene «suministro», y Economía tiene «su ministro» también.

**Tástico** (Tauima).

NINOS TERRIBLES

El niño: —Tía María, ¿quiere usted cerrar los ojos?

La tía: —¿Por qué?

El niño: —Porque el otro día

CUPON

Correspondiente al núm. 513 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

he oído a mi padre decir a mi madre: «Nosotros seremos ricos luego que la tía María haya cerrado los ojos».

**Thomas Gunn**, Essex (Inglaterra).

Un turista de Berlín (en las montañas de Liébana). —¿Cuáles son las cosas más notables que se pueden ver aquí?

Un aldeano. —Para las personas de Berlín las montañas, y para los naturales de aquí, los turistas de Berlín.

**Eladio Malo** (Tetuán).

ENTRE COTILLOS

—¡Qué cobardón es Luis!

—No lo sabes tú muy bien; no es valiente para nada, ni para divertirse. Cuando va al teatro, siempre a «gallineros».

**Suiresoj** (Madrid).

EN EL BAILE

—Señorita, ¿me hace el favor...?

—Caballero, estoy «pedida».

—Ya me lo venía oliendo.

**Cabezón** (Zaragoza).

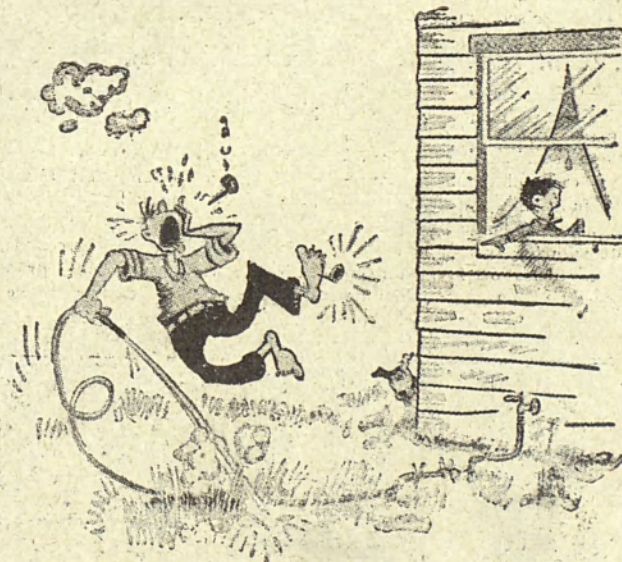
**CANAS**



**Invento Maravilloso**  
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La capa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

**LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA**



—¡Mamá, mamá; Toribio acaba de encontrarse tu alfiler!

(De Everybody's. Londres.)



# CORRESPONDENCIA

## MUY PARTICULAR

**L. B. N. (Huelva).**—No nos sirve el «mono» que nos manda, ni los dos cuentos que nos remite, ni los ocho dibujos que nos envía para ilustrar los dos cuentos. En resumen: una escandalosa hecatombe.

**J. de la E. (Granada).**  
¿Versitos al bello sexo?  
¡Que te has creído tú «exo»!

**A. R. M. (Teruel).**—Sus «Mujeres de cabaret» son las únicas mujeres que no nos han gustado en esta vida. Mande otras cosas que no sean mujeres, porque nos enristece extraordinariamente cometer faltas tan atroces de ga'ntería como la que hoy tenemos que lamentar.

**S. R. G. (Madrid).**—Sus versos «¡Desde luego!», no nos convienen. Y sus prosas tampoco, «desde antes» que los versos.

**M. B. C. (Jaén).**—Son muchos versos, muchas atrocidades y muchas faltas de ortografía para un hombre tan débil como yo. ¡Me ha dejado usted hecho cisco, amigo!

**G. D. R. (San Sebastián).**—¿De manera que usted se lava las manos como Pilatos? ¡Hace usted mal!... Un hombre, medianamente amante de la higiene, está obligado a lavárselas muchísimo mejor que Pilatos... No en balde han pasado veinte siglos y se han inventado varios jabones de fama universal y existen en el mundo unos

prodigiosos lavabos de agua corriente, caliente y fría... ¡Pilatos, por lo tanto, no debe tomarse como ejemplo al arrojarse a la palangana o a la placa inglesa! ¡Pilatos era un cochino; y si ha leído usted el «Fleury», habrá visto que lo demostró cumplidamente!

**J. P. H. (Valladolid).**—No nos ha hecho ma'dita de Dios la gracia esa corrida de novillos escuálidos en Villapelona de Enmedio. ¿Será que no la tiene? ¡Nos estamos temiendo que es eso precisamente!

**Clemente (Mérida).**  
Eso es apabullante y bastante indecente. De modo que, ¡adelante y al cesto, buen Clemente!

**Mateo (Alicante).**  
Lo que nos manda Mateo, es horriblemente feo.

**L. C. P. (Huesca).**—Queda categóricamente admitido su dibujo prerrafaelista y un tanto revolucionario, magüer que ligeramente saleroso y discretamente satírico.

**J. N. R. (Soria).**  
¿Un soneto a Manolita?  
¡Vamos, hombre! ¡Quita, quita!

**Juan Moral (Madrid).**  
Mi querido Juan Moral: es usted un animal.

**Chinche (Oviedo).**—Apreciable Chinche: tendríamos una gran satisfacción en saber la clase de

poivos insecticidas que le molestan a usted más, para echarle un saco encima, a ver si hincaba usted el pico. Y más que el pico, la pluma, que es con la que más indignamente nos ha fastidiado usted a todos.

**R. M. G. (Barcelona).**—Un poquito nada más de gracia narrativa que hubiese tenido su cuento, y unas miasmas de modernidad en su desarrollo, habrían bastado para publicarle. No obstante, no es una locura, y demuestra cumplidamente que puede usted dar en el agudo clavo en cuanto se agarre la cabeza con las manos con un poco más de furia creadora. ¿Nos hemos entendido?

**Calot (Valencia).**—¿Una crónica completamente seria, y casi malhumorada, sobre la Puerta de Serranos? ¡A otra puerta, querido amigo!

**Bartos (Salamanca).**  
Estamos todos ya hartos de escritores como Bartos. Y no lo decimos por molestar a los mencionados escritores, sino para ver si ellos dejan de molestarnos a nosotros.

**C. P. (Albacete).**—Nos vemos en la dolorosa necesidad de tener que recomendarle encarecidamente que haga usted el favor de cuidar un poco más los chistes, pues la mayoría de las veces se retrasa la publicación de los «monos» por eso: porque nosotros tenemos que elaborar el chistecillo correspondiente; y

unas veces por otras, casi nunca nos coge con gana... Y el tiempo pasa y el planeta gira en su órbita y las razas van desapareciendo y el dibujante se harta de esperar. ¿Está esto suficientemente comprendido ya?

**A. S. G. (Málaga).**—Querido cofrade: debemos recordarle a usted que BUEN HUMOR, como todos los demás periódicos sesudos del mundo, no devuelve los originales, sin que pueda hacer una excepción en favor de nadie, por simpático y saleroso que sea este nadie.

**F. D. N. (Toledo).**  
Eso que «ustén» escribe a Luisa, le aseguro formalmente que Luisa lo toma a risa si lo lee atentamente.

¡Que no lo leerá; porque yo, sin conocerla, tengo de Luisa un concepto muy superior al que he tenido que formar de usted!

**S. B. C. (Madrid).**—Ni «El dolor de andar a pie», ni «Los compromisos de Fernández», son trabajos que, según nuestra humilde y despreciable opinión, puedan interesar a nuestros tiernos lectores.

**M. de P. (Bilbao).**—Con la sal que usted tiene no hay para espolvorear un huevo de paloma.

**Sargento (Madrid).**  
No nos parece preciso que usted, amigo Sargento, nos ponga en el compromiso de publicar ese cuento.



MARCA REGISTRADA

# CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. -- Calle Muñoz Torrero, 6. -- MADRID





# CREMA LIDA

## RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE «LIDA», PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO. HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO  
URQUIOLA-MAYOR.1  
MADRID



# BUEN HUMOR



—Yo no quiero casarme con él porque es demasiado imbécil.  
—Ese no es inconveniente, hija mía : yo me casé con tu padre.  
Ayuntamiento de Madrid

Dib. GASTON MAS. Paris